

defienden de la joven la cándida inocencia...
El iracundo Zeus se niega a la clemencia.
Ganimedes.—Mi corazón solloza de angustia al escucharte
y con preguntas necias no quiero molestarte.
Lo que tu padre ha hecho produce ejecutoria...
Mas, di, ¿por qué me cuentas esta doliente historia?
Tántalo.—Cuando asomaba el Alba sus dedos sonrosados,
de ricas pedrerías y gemas adornados,
y en el sublime alcázar los pájaros cantores
sus melodiosos himnos gorjeaban entre flores,
abriendo las cortinas de su mullido lecho
me dijo el Prepotente, con aire satisfecho:
"Las faldas del Olimpo descende presuroso,
escoge en mis establos el potro más brioso
y anda, corre, vuela, si es que volar tú puedes,
al reino de Dardania do mora Ganimedes.
El es mi predilecto. Me place su belleza,
su alma sensitiva, su cándida pureza.
Le nombro mi copero, mi escanciador divino;
y si su padre fuese adverso a su destino,
ordena a Ganimedes que al despuntar el día
apure de este cáliz las gotas de ambrosía".
Así me habló el Excelso y en la cerúlea frente
temblaron sus cabellos cual lumbres del Oriente.
Se estremeció el Olimpo. En vuelo desalado
salvé del mar Egeo el piélagos rizado.
He aquí por qué he venido. He aquí la rica copa
y ojalá que nunca la lleves a tu boca. (Vase)

ESCENA II

Ganimedes, besando con frenesi la copa.

Ganimedes.—Oh éxtasis divino... ¿Qué tiene mi garganta
que en notas no convierte lo que mi pecho canta?...
Gritar quiero y no puedo. Mi alma siente frío.
Mis pensamientos buyen... ¿Acaso desvarío?
Tengo los huesos húmedos y el corazón en llamas...

(Canta en la lejanía el ruiseñor)

¿Qué voz oigo en la noche? ¿Por qué mi nombre aclamas?
¡Divino Ganimedes! ¡Divino Ganimedes!
Me envuelven esas voces en impalpables redes...
Recuerdo ya. Es de Procne la lengua melodiosa
que canta en lo más hondo de la montaña umbrosa.
¡Divino Ganimedes! ¡Mi nombre han repetido! (Vase)
¡Divino Ganimedes!

(Placia sale del palacio real y corre tras la
sombra fugitiva de su amado. No pudiendo al-
canzarle se detiene al pie de una encina en el
bosquecillo de la izquierda. Va vestida de blanco
y su figura se destaca en la sombra).

Placia. — Se fué, se fué; se ha ido....

ESCENA III

Placia, Tros y Caliroe.

Canta en la lejanía de nuevo el ruiseñor. Tras un breve lapso apa-
rece Tros conduciendo de la mano a Caliroe; ambos permanecen silen-
ciosos a la entrada del palacio, iluminada en el interior por la luz ama-
rillenta de moribundos hachones.

Tros.—Es ya la media noche. Los pálidos hachones
se apagan ante el brillo de las constelaciones
y lamen las paredes con lumbre mortecina.
En esta dulce calma, bajo la noble encina
que allende nos presenta su sombra hospitalaria,
de muchas confidencias te haré depositaria.
Fue allí donde una tarde, quizás la más dichosa
de toda mi existencia, juraste ser mi esposa.
Por eso nuevamente la busca mi desvelo,
tomando por testigo la inmensidad del cielo;
y así sus verdes ramos cobijarán prolijos
mi amor por Caliroe, mi amor para mis hijos.
Pues bien, cuando Dardano dejando Samotracia...

Caliroe.—¿No ves ahí una sombra?

Tros.— ¡Por Júpiter! Es Placia,
la joven de cabellos color de oro fundido.
Ven hacia acá, hija mía.

Placia.— Se ha ido, sí, se ha ido....

Caliroe.—¿Qué son esos lamentos? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Placia.—Partió; me lo han robado.

Tros.— ¿Qué pérdida deploras?

Placia.—A él, a Ganimedes, la luz de mi existencia.

Tros.—¿Qué dices, desdichada?

Placia.— Perdonen la imprudencia

que mi dolor comete, mostrando los secretos
que a pechos valerosos parecen indiscretos.

Tan sólo sé que tengo amor por Ganimedes,
si bien no fui acreedora de todas sus mercedes.

Ya que mi débil lengua contó mis desvarios,
mejor es que os confiese mi amor y sus desvíos,

y cómo le he querido desde mi tierna infancia,
y cómo en su cuidado mostréle mi constancia.

De aquestos aledaños jardines rumorosos,
cogiendo nidos de aves y frutos olorosos,

ora mirando el vuelo de cándidas palomas,
ora trenzando flores de exóticos aromas,

ya tras los ricos jaspes de alguna mariposa,
ya tras el escondido rubor de alguna rosa,

crecimos siempre juntos y juntos disfrutamos
de todas las bellezas que por doquier hallamos.

Pero él sólo quería la luz de la Natura
y yo sólo quería la luz de su hermosura.

A fuerza de quererle le di mi vida entera,
mas ¡ay! que para Placia su juventud no era...

Recuerdo que una tarde, cogiendo mis cabellos,
un beso apasionado dejó prendido en ellos

y cuando mi cariño mostrábase en sonrojos,
miréle, y sólo había nostalgias en sus ojos.

"Tu cabellera es de oro—me dijo sonriente—
parece los reflejos de un cálido poniente;

o bien los áureos rizos de Ceres Eleusina
que ofrenda en los trigales su dádiva divina".

¡Besaba en mis cabellos la tarde esplendorosa;
besaba en mis cabellos los rizos de la Diosa!

Y así, desde ese día, le adiviné su anelo:
vivía en esta tierra muriendo por el cielo...

Perdonen de mis quejas la confesión horrible
y que ante vuestros ojos mi amor haga ostensible.

(Se arrodilla ante Tros y Caliroe)

Postrada a vuestras plantas, aguardo vuestro fallo
y busco entre vosotros lo que buscando no hallo:
amor, piedad, consuelo.

Tros.— Levántate, hija mía,
y vuelva a tu semblante la plácida alegría.

Nada he de reprocharte. Tu corazón valiente
que sufre los rigores de un amor inocente,

indigno no es de elogio... La gloria de tu casa
quizás si de la mía la gloria sobrepasa.

De mi amorosa madre la tuya era sobrina;
por eso a tus deseos mi corazón se inclina.

Enjuga entre mis brazos las buellas de tu llanto,
recobren tus mejillas su juvenil encanto,

y Caliroe conmigo tu frente sellaremos
en prenda de la alianza que en este instante hacemos.

(Tros y Caliroe besan a Placia)

Placia.—Escucha, padre mío....

Caliroe.— Pero ¿aún estás llorando?

Tros.—¿Qué nuevo mal te aqueja?

Caliroe.— ¿Sollozas todavía?

Tros.—¿No te hallas satisfecha de hacer nuestra alegría?

Caliroe.— Oh niña candorosa; ya sé lo que te ocurre.

Mi corazón de madre por el tuyo discurre.

Tú crees que Ganimedes acaso no te ama
porque en sus ojos nunca de amor viste la llama.

¿No sabes que los hombres a la emoción despiertan
más tarde que nosotras? Sus pechos se conciertan

en pos de otros ideales; ya quieren ser soldados,
artistas o poetas o reyes afamados,

ya sueñan en navios cruzar los anchos mares
volviendo victoriosos a los paternos lares,

o buscan que los dioses les colmen de favores
o a sueños imposibles consagran sus ardores.

¿No sabes que todo eso, cuando los tiempos llegan,
en nuestras dulces manos solícitos entregan?

Placia.— Pero es que...

Tros.— No prosigas; bastante has escuchado
para sentir de nuevo tu corazón calmado.